

El despertar de Leire

Leire se agarró fuertemente a la rama en la que estaba encaramada y dejó caer sus piernas. Colgaba a dos metros del suelo, pero no tenía miedo: siempre había sabido cómo caer. Quedó un rato colgando de sus delgados brazos y, finalmente, se lanzó con los ojos cerrados. Efectivamente, la hierba amortiguó su salto y ella se quedó un momento ahí, en cuclillas, sintiendo la humedad de la hierba.

Parecía que finalmente Clara la había dado plantón. ¿Por qué? Seguramente, su madre la habría castigado otra vez. Eso de tener padres era un asco, siempre andaban castigándola a una. A ella le encantaba ser huérfana, porque las monjas estaban demasiado ocupadas con los niños más pequeños como para ponerse a controlar sus movimientos. Se levantó y comenzó a caminar, despacio. Eran las nueve de la noche, y las monjas se pensaban que estaba en su cuarto, estudiando. Sin embargo, ya hacía dos meses que había descubierto la forma de huir de la habitación sin que nadie la viera.

Todos los días a las 8.10 exactas, sin un minuto de retraso, la hermana Josefa se levantaba de su silla de guardiana en el pasillo y entraba al botiquín para coger su pastilla para el corazón. Leire aprovechaba ese momento para salir volando de la habitación y bajar al piso de abajo. Luego, se apostaba detrás de un mueble gigante desde el cual se veía el movimiento de la planta inferior, y cuando oía el tintineo de la campana en la cocina, volaba hasta la capilla. Una vez allí ya era fácil: la capilla a esas horas siempre estaba vacía, y tenía una ventana que podía dejar abierta sin que nadie sospechara. Salía por la ventana y trepaba el muro que la separaba del mundo real.

Siempre iba a aquel parque, y se subía en aquel árbol. Era su lugar de encuentro con Clara, su amiga del alma. Pero aquella noche Clara no había venido. Leire no sabía si sería un castigo por alguna trastada descubierta, o si su madre se habría oído que había quedado con ella. La vieja bruja odiaba a Leire: decía que era una golfa, como su difunta madre que en paz descansa. A Leire ella le parecía una repugnante meapilas que la miraba siempre de arriba abajo en las contadas ocasiones en que subía a casa de su amiga, pero lo que más la sacaba de quicio era su actitud de fingimiento y de franco cotilleo. Normalmente, Leire contestaba mentiras a todas sus preguntas, más por principios que por venganza.

Bueno, pero eso era ahora. Cuando Leire se casara con Clara, su madre tendría que dejarlas ir siempre juntas. Ya lo habían hablado, y habían echado sus cuentas. Para casarse había que ser mayor, y para ser mayor había que tener dieciocho años. Así que sólo las quedaban diez años para el matrimonio. Eso sí, los niños tendrían que adoptarlos, porque una de las monjas les había dicho que las niñas no pueden tener

hijos, que hace falta un chico. Al principio pensaron que eso era una estupidez, porque evidentemente Leire no tenía padre aunque sí que había tenido madre. Pero parece que la monja tenía razón, porque se habían fijado, y todos los niños siempre tenían padre y madre. Bueno, no siempre lo tenían, pero siempre lo habían tenido en algún momento. Al menos, de la gente que ellas conocían por ahora. Respecto a Leire, su madre la había contado antes de morir que su padre era un bicho malo que las había dejado cuando ella aún no había nacido, así que después de todo, Leire había tenido padre en algún momento.

Desde luego que otra opción además de la adopción hubiera sido convencer a algún chico para que hiciera su parte del trabajo y luego se fuera con viento fresco. No tenían muy claro si bastaba con su simple presencia, o si hacía falta que hiciera alguna invocación. Eso era ya demasiado conocimiento para el mundo de desinformación infantil en el que vivían. Y, aun así... ¿A qué chico podrían convencer? A Leire no le gustaba ninguno de los que conocía: el más cercano era Miguel, el hijo del bedel. A veces iba al colegio a ayudar a su padre en alguna chapuza, y cuando la tarea estaba acabada, los dos iban corriendo a jugar por todos los recovecos del viejo colegio. Sin embargo, siempre acababan a tortas. Y, la verdad, a Leire le encantaba acabar a tortas con Miguel, en parte porque a veces la sacaba de quicio, y también porque con las demás niñas era muy difícil pegarse: se te enganchaban al pelo y ya no había quien las soltara, por no hablar de los mordiscos, que dejaban cardenales con forma ovalada. Pero una cosa era que le gustara Miguel para pegarse con él, y la otra que éste pudiera ejercer, aunque solo fuera durante un ratito, de padre. Miguel era bizco, gordinflón, y tenía una verruga en la mejilla izquierda. Leire creía que los hijos suelen parecerse físicamente a los padres en algo, y desde luego que Miguel no era en absoluto un ejemplo a imitar.

Salió del parque caminando lentamente, y empezó a pensar qué podía hacer para entretenerse. Ya era tarde, y los demás niños seguramente se estarían yendo a casa a cenar, pero ella no era como los demás niños, y eso la encantaba. Comenzó a seguir los dibujos de las baldosas: (pisaba una, saltaba la siguiente. Pisaba una....) y emprendió casi inconscientemente el camino hacia el Casco Antiguo. Allí seguro que podría conseguir algunos fondos. Eso sí, mientras tanto, seguía dando vueltas a los posibles candidatos a padre que conocía.

El segundo en la lista era el profesor de Historia, que decía que le llamaran Ángel. La Madre superiora lo llamaba Señor Velasco, y cuando las niñas lo llamaban Ángel, a

secas, sin un Don delante, se llevaban una colleja en el cogote. De nada servía que el sorprendido profesor tratara de explicar a la arisca monja que le gustaba que las niñas lo llamaran por su nombre sin reverencias extrañas; porque la madre superiora era una máquina automática de collejas: la mano era mas rápida que el ojo o que el cerebro y, en un milisegundo, la colleja ya estaba dada. La verdad es que el Don Ángel era simpático. Bueno, la verdad es que a Leire le parecía muy muy muy simpático. Era bastante joven en comparación con el resto de los profesores, y tenía una mata de pelo castaña y rizada que siempre le caía en la cara: por eso las niñas le llamaban a escondidas el melenas. Sin embargo, apenas tenía barba ni bigote, y eso le daba un aspecto infantil. Sus ojos eran claros, Leire no sabría decir de qué color, pero si sabía que la encantaban. Y además, para rematarlo, estaba su risa. Tenía una risa franca, estruendosa. Si algo le hacía gracia echaba la cabeza hacia atrás y se reía con la boca totalmente abierta. Pero lo que mas le gustaba a Leire era su aspecto de genio chiflado: Solía llevar calcetines de distintos colores, la camisa mal abrochada... Siempre se dejaba algo en la sala de profesores y tenía que volver a recogerlo. La semana anterior, Clara se había enfadado con ella porque la decía que estaba atontada perdida con el melenas. A Leire aquello le sonó a celos, y al principio la hizo gracia; pero cuando Clara la dijo que ya no quería casarse con ella nunca, y que se iba a ir de misionera a África; Leire se agarró un tremendo berrinche y las dos estuvieron toda la mañana casi sin hablarse. Pensándolo bien... ¿No tendría algo que ver aquella pelea con el hecho de que Clara no hubiese aparecido? Pues si era así, a la porra. “Que chinche si quiere, es porque me tiene envidia”. Claro, porque el melenas la tenía pelota: la daba bola para contar historias en clase, y siempre la preguntaba a ella cuando pensaba que se sabía la respuesta. “chínchate, Clara” iba canturreando “Yo le gusto a Ángel”. Y así, poco a poco, cada vez más convencida de que la madre de Clara no había tenido nada que ver con el plantón, fue llegando a su objetivo. Miró la hora en el reloj de la iglesia: eran las 9.35. Esa era una buena hora para sus planes: era viernes, y había bastante gente circulando por las calles empedradas. Leire se escondió un poco, porque no quería que la vieran demasiado rápido, cuando aún no estuviera preparada: prefería ir pensando quien iba a ser su víctima. Pasaron varias mujeres con niños que no la valían, porque estaba segura de que no llevarían mucho dinero. También pasó gente joven, que seguramente la ignoraría. No, no era eso lo que necesitaba. La paciencia era una de sus virtudes, así que no tuvo ningún problema por sentarse un ratito en un bordillo, en su resguardada esquina, esperando al candidato perfecto. Y, después de un rato, lo vio al otro lado de la

plaza, dirigiéndose directamente hacia ella. Tendría unos 40 años: seguro que tenía algún hijo de su edad. Iba trajeado, y con un maletín de aspecto caro. Pero no había sido eso lo que le había llamado la atención: en uno de sus dedos lucía una gigantesca amatista, y su reloj tenía toda la pinta de ser de oro. Leire no era tonta, y solía escoger a gente que aparentaba tener dinero para sus trampas. Aquel era el momento adecuado, eso seguro, así que se levantó, caminó unos pasos, y comenzó a llorar silenciosamente. Esa era una de sus habilidades: era capaz de ponerse a llorar lagrimones en cualquier momento y sin ningún trauma previo. Gruesos goterones cayeron por sus mejillas, empapando la camisa de su uniforme del colegio. El hombre cada vez estaba más cerca, pero estaba claro que si no hacía algo, ni siquiera la miraría: no miraba hacia abajo para no encontrarse con la cara suplicante de un mendigo, sólo miraba hacia el frente y hacia arriba, como una metáfora de su exitosa vida de ejecutivo. Leire se apresuró un poco y, justo en el momento que pasaba, le agarró de la parte de debajo de la chaqueta y le dio dos breves tirones. El hombre casi se muere del susto, pero al menos, consiguió así que se parara.

- ¿Qué haces niña? – al principio lo dijo gritando, pero luego se fijo bien en su uniforme y en las lágrimas que le corrían por las mejillas, y suavizó un poco el tono -. ¿Por qué estás llorando? ¿Te has perdido?

Al principio Leire no contestó. Hizo un mohín con los labios, y derramó aún más lágrimas. Ante la cara de agobio del hombre, decidió que había llegado el momento de comenzar de veras el drama.

- Es que.... es que.... ¡¡Mi mamá se ha olvidado de mí!! – Y dicho esto, prorrumpió en un histérico llanto que hizo que una pareja de adolescentes se volvieran un poco a mirarla.
- Bueno, tranquila, niña. – el yuppi ya no sabía ni donde meterse -. Si me dices cual es tu teléfono, ahora mismo la llamo.
- ¡¡Es que no tenemos teléfono!! ¡¡ Ya no voy a volver a ver a mi mamá!! – Nuevo ataque de histeria. Cada vez lo hacía mejor.
- A ver, vamos por partes – el yuppi se agachó a su altura y la miró a los ojos -. Lo primero.. ¿Cómo te llamas?
- Leire – no había razones para mentir.
- De acuerdo, Leire. ¿Sabes tu dirección?
- Noooo. Sé que vivo en el tercero, pero no se me la calle, Ni tampoco el número.

El ejecutivo cada vez se ponía más malo. Se pasó la mano por el pelo, dejándose un mechón encrespado. Eso le dio un aspecto bastante ridículo, y Leire tuvo que esforzarse para que no le entrara un ataque de risa.

- ¿Qué podemos hacer entonces? Vamos a ver... Voy a tener que llevarte a la policía.
- Pero.. ¿Por qué? Si yo se donde vivo..
- ¿No has dicho que no te sabías la calle?
- Y no me la se, pero se por donde está. Vivo muy cerca de una estatua: esa que sale una virgen, y que tiene un jardincito alrededor, con bancos.
- ¿Qué hay justo detrás una iglesia?
- ¡¡Sí, sí!! Ahí justo.
- De acuerdo. Esa es la Iglesia de la Merced, y la verdad es que no está demasiado lejos. – El hombre se levantó y pareció meditar por unos instantes -. Vale, de acuerdo, te acompañaré.
- ¡¡Muchas gracias, señor!! Seguro que mi mamá se pone muy contenta.

Era increíble lo tontas que eran sus víctimas. Con un diálogo como aquel, parecía que tuviera cinco años en vez de ocho para cumplir nueve. Sin embargo, los muy bobos nunca se daban cuenta. Comenzaron a caminar: al principio el hombre iba bastante rápido y ella tenía que dar largas zancadas para ir a su altura, pero pronto él se dio cuenta y bajó la velocidad. Ya llegaba la segunda fase del plan. Se abrazó por los hombros, y comenzó a tiritar. El hombre al principio la miró pero no dijo nada, pero ella empezó a castañetear los dientes, y él ya no pudo contenerse.

- ¿Qué te pasa? ¿Tienes frío? – “No, tengo hambre” pensó en contestarle “pero a es que cuando estoy hambrienta me pongo a tiritar”
- Sí, es que mi chaqueta se la ha llevado mamá. Y además la semana pasada estuve enferma en la cama con gripe.

El hombre trajeado exhaló un profundo suspiro. Los dos sabían que, aunque estaba relativamente cerca, tardarían aún un buen rato en llegar a su supuesta casa. Volvió a mirarla y, varios pasos después, al fin se quitó la chaqueta y se la puso por los hombros.

- ¿Ahora mejor?
- Sí, sí. Muchas gracias. Esto está mucho mejor.- ¡¡Ja, Ja!! Ya estaba hecho. Sólo faltaba la última fase, pero no por ello la menos importante: el escaqueo. De camino a la Iglesia de la Merced, que era adonde se dirigían, había que pasar al lado de una calleja llena de bares, que solía estar repleta de gente: el sitio

perfecto para perderse. Una vez despistado su perseguidor, sacaría las cosas interesantes de los bolsillos y tiraría por ahí la chaqueta. Pero lo primero era lo primero. Poco a poco, se iban acercando al punto-objetivo, y el yuppi tonto ni se olía el percal.

- Estarás segura de que vives aquí, ¿verdad? ¿Te suena el camino?
- Sí, sí. Creo que ahora hay que pasar por esta calle, ¿no?
- No, no. Mejor vamos por la paralela. Hay demasiada gente.
- No, creo que a partir de aquí ya se llegar. Es por esta calle – Dicho esto, se metió entre el tumulto a traición, y en cuanto desapareció de la vista de su víctima, comenzó a correr a toda velocidad.

Por su altura, nadie la miraba: eso era lo bueno de ser una niña, su facilidad para pasar desapercibida. Percibió los gritos del hombre a su espalda: “¡Parenla! ¡Me ha robado!”, y por supuesto no dejó de correr. A su vez, decidió acelerar un poco las etapas y empezó a comprobar lo que había en los bolsillos: encontró un paquete de tabaco y un mechero elegante, y se quedó con el mechero. También había una cartera que se guardó en un bolsillo de su uniforme, y unas llaves que no la interesaron. Un móvil, ¿para qué iba ella a querer uno? Las cosas que no quería las volvía a guardar en los bolsillos de la chaqueta, y cuando creyó que ya había mirado todos, se la quitó y la arrojó al suelo. Se dio la vuelta a mirar la distancia que le sacaba a su perseguidor, y se asustó al verle relativamente cerca. Bueno, ahora que había soltado la chaqueta, lo más seguro era que éste pararía un momento para comprobar lo que le faltaba, y eso le daría unos segundos preciosos. Trató de correr más rápido, pero la siguiente vez que miró a su espalda, vio que además de estar a una menor distancia, incluso con la chaqueta en la mano podía ver una mueca de sádico asesino comeniñas en los rasgos del yuppi psicópata. Se metió de nuevo entre un grupo de gente y, cuando vio un local oscuro sin nadie en la puerta, casi se metió de cabeza en él. Decidió directamente tirarse en plancha debajo de un extraño sofá y allí se quedó, encogida, esperando lo peor; pero pasaron los segundos y nadie le agarró de la pierna para sacarla de su escondrijo. Abrió los ojos, manteniendo la posición fetal, y solo vio montones de pelusas delante de sus ojos: se veía que aquel lugar era una zona virgen para la escoba y el aspirador. Torció un poco el cuello y pudo ver la puerta, a unos tres metros de donde estaba. Lo mejor sería volver a salir igual que había entrado, pero esperaría aún un poco para garantizar que no estuviera esperándola en la puerta un yuppi rabioso. Así que se puso lo más

cómoda que pudo, y trato de espiar desde su limitada visión el antro en el que se había metido.

Había unos amplios cortinajes verdes en el fondo, que trataban de ser una imitación de una especie de harén árabe, pero se quedaban en eso. Había camareras circulando de mesa en mesa: llevaban el ombligo al descubierto y velos que las tapaban la cara, de forma que lo único que se podía ver eran sus ojos, muy pintados. La barra estaba justo enfrente de ella, y estaba forrada con un material de imitación a cuero. El barman se hallaba cruzado de brazos, justo en medio; y solo había tres clientes con una copa apoyados allí. El resto de la clientela se hallaba sentada en la zona de los cortinajes verdes, acompañados por hermosas odaliscas (bueno, como solo se las veía los ojos, tampoco podía saber hasta que punto eran hermosas) que les servían continuamente copas de champán. Se puso a analizar a la clientela, y descubrió que todos eran hombres. En su mayoría, de unos cuarenta años, pero también un par de ellos más jóvenes y alguno más mayor.

Leire no se sentía nada cómoda: una niña en ese ambiente cantaba tanto como el chirrido de una tiza contra la pizarra. Evidentemente como la pillaran se iba a meter en un lío. Decidió que ya había dado suficiente tiempo a que se pasaran las ansias de venganza de su perseguidor, así que se preparó para salir disparada hacia la puerta. Pero entonces, de repente los muelles crujieron, y alguien se sentó encima suyo. Eran una pareja: hombre y mujer. La mujer tenía unas pantorrillas bien torneadas, y unos zapatos con tacones de aguja descomunales. El hombre, sin embargo, llevaba unos mocasines viejos y unos pantalones con los bajos desgastados. Leire se dio cuenta de que tendría que esperar, y soltó por lo bajito una maldición. Por entretenerse más que nada, se sacó la cartera del bolsillo y comenzó a investigar su contenido. El carnet demostraba lo que ella ya había descubierto: el tipo al que había robado era un psicópata. Se llamaba Mario Díaz Castillo, de 43 años, residente en la ciudad. Su rostro estaba surcado por unas profundas ojeras: parecía que el día que se sacó esa foto acababa de ser detenido. Volvió a guardar el carnet en la cartera, y sacó el dinero. No estaba mal: 25.000 pesetas bien merecían la carrera. Se lo metió en un bolsillo, y siguió hurgando: tarjetas de crédito que ella nunca cogía, tarjetas de gente que ella no conocía, la foto de carnet de un hombre de unos 35 años muy guapo: se parecía un poco a Don Ángel. Una funda de plástico cuadrada que contenía algo circular en su interior: por si acaso se lo guardó. Revisada toda la cartera, se dispuso a dejarla allí donde estaba, debajo del sofá. Entonces, lo oyó.

El hombre que se sentaba encima suyo estaba riéndose, y no era una risa normal. Era una carcajada estruendosa que ella conocía muy bien. Era Don Ángel. “¡¡Mierda!!” ¿Y qué iba a hacer ahora? Si la pillaba se lo diría a las monjas. Tendría que quedarse muy quieta. Pero... ¿Qué hacía Don Angel en ese antro? Leire no entendía nada: siempre había pensado que él tenía más gusto, que era un intelectual. Bueno, la verdad es que cuando se imaginaba a Don Ángel en sus ratos libres, se lo imaginaba en su habitación, leyendo. O en el cine. O en el teatro... Pero no en un lugar tan inmundo como aquel, donde ni siquiera pasaban la aspiradora por debajo de los sofás. Trató de escuchar la conversación que mantenía con su acompañante, pero la música estaba muy alta, y ellos hablaban muy bajo. Por la posición de las piernas veía que ella las tenía cruzadas y estaba un poco girada hacia él. Él, sin embargo, parecía mirar hacia el frente. Pasaron los minutos, y los dos seguían sin moverse. Leire ya no sabía ni qué hacer. El polvo comenzaba a picarla en la nariz, pero a pesar de ello, ya había dejado de lado su intención de irse de aquel horrible local. A decir verdad, había decidido que iba a seguir a su profesor: así se enteraría de quien era esa mujer, y porque estaba el maestro hablando con ella.

Todo eso estaba decidido, y ya estaba. Sin embargo, lo que no podía explicar era aquella especie de nudo en el estómago. No lo entendía muy bien, pero le estaba molestando tremendamente el simple hecho de saber que su profesor favorito estaba sentado encima suyo, conversando con una de esas extrañas mujeres. Tenía una especie de náusea constante, y le temblaban un poco las manos. Tenía la horrible necesidad de que pasara algo, de que terminara ese horrible momento suspensivo. Por una parte quería salir al aire libre y olvidarse de todo aquello, pero por otra sabía que no podía hacer eso: que tenía que saber. Así que cuando un rato después Don Angel se levantó con la mujer y ambos se dirigieron al fondo del local, Leire ni siquiera se cuestionó que iba a seguirles.

Como el local estaba bastante oscuro, y encima Leire tenía habilidad para pasar desapercibida, en cuanto les vio ir hacia adentro ella también salió de su escondrijo y, de rodillas, ocultándose con las otras mesas vacías, consiguió ver que justo en la esquina opuesta había unas escaleras que ascendían al piso superior. Era evidente que Don Ángel y aquella mujer habían subido por ellas. Así que, haciendo acopio de todo su aplomo, respiró hondo, se levantó y fue como si nada hasta las escaleras. Y funcionó. Nadie se fijó en ella: nadie se preguntó qué demonios hacía en aquel local una niña de apenas 8 años, vestida con su uniforme del colegio. Nadie la increpó a ver porqué estaba

subiendo esas escaleras. O bien era algo que sucedía a menudo, o bien Leire definitivamente había conseguido su tan anhelado deseo de poder volverse invisible a voluntad. Lo cierto es que, con el corazón en la garganta, subió corriendo los peldaños sin cruzarse con nadie y cuando llegó al pasillo de la primera planta vio, seis puertas más adelante, cerrarse una con un estruendoso golpe. Pegada a la pared, se comenzó a acercar. Todas las puertas tenían una mirilla, pero era extraño, porque esa mirilla era de fuera adentro, y no al revés. “En todas las casas se quiere ver lo que pasa fuera, pero parece que aquí lo que importa es lo de dentro”. Muy de acuerdo con ese pensamiento, se fijó como meta su puerta, la sexta, pero seguía sin poder evitar una sensación de claustrofobia: Distintas puertas a ambos lados con su ojo que no la observaba, sino que la invitaba a observar. Esa sensación de resultaba turbadora: nunca espiar la había resultado tan sencillo. Esa mirilla era una trampa, seguro. Seguro que cuando ella mirara, la puerta se abriría y la cogería el coco. Trató de eliminar los pensamientos tétricos de su cerebro y se concentró en la risa de Don Ángel, que se oía más adelante; y supo que no le habría hecho falta el portazo para encontrarle. Y así al fin llegó a la puerta, que se la antojaba gigantesca. Y nunca mejor dicho, porque descubrió que aunque quisiera, no llegaba ni a esa ni a ninguna mirilla. “¡Seré imbécil! ¡Por qué no me di cuenta antes!” Observó todo el pasillo, pero no había ningún sitio para usar de atalaya. Así que, rezando porque continuase su buena suerte, abrió la puerta de la habitación contigua y, por fortuna, estaba vacía. La habitación estaba decorada de una forma muy extraña: había una cama con dosel, y había gente desnuda pintada en las paredes. Bueno, era gente desnuda, pero pasaba como en los cuadros: había gordas bailando en un bosque, algún que otro hombre observándolas... nada que Leire no hubiera visto ya en libros de historia y de arte que la obligaban a estudiar. Se fijó mejor en la cama, y descubrió que en el techo, justo encima, había un espejo. No le vio demasiado sentido a ver la cara de una cuando se duerme, pero como los adultos estaban locos, sabía que cualquier cosa podía esperarse de ellos.

Al fin encontró lo que buscaba: un banco de la altura suficiente. Dejó la puerta de la habitación abierta por si subía alguien más y tenía que esconderse rápidamente, y salió de nuevo al pasillo arrastrando su puesto de vigía. Lo puso debajo de la puerta maldita, y pegó la oreja a la madera justo antes de subirse.

Don Ángel ya no se reía. Más bien parecía que estuviera echando una carrera “pero no puede ser” pensó “la habitación será demasiado pequeña para que corra”. Pero es que, además, la mujer también debía de estar corriendo, solo que emitía encima

pequeños gritos. “¿por qué hace esos ruidos tan extraños? ¿se estará ahogando?” Leire ya no podía contener más su curiosidad. Se subió en la silla y miró por aquel agujero. La visión que tuvo, por desgracia, la acompañaría siempre. Lo traumático no fue el hecho en sí, sino todo lo que implicaba:

Don Angel había puesto a cuatro patas a la mujer que lo acompañaba. Ella llevaba puesto un uniforme del colegio, igual que el que ella llevaba, aunque tenía la falda subida hacia arriba, y no llevaba bragas. Ese hecho ya la ofendió, porque llevar el uniforme sin bragas era repugnante. Pero es que encima, Don Ángel se encontraba a su espalda, y estaba haciendo algo realmente vomitivo. Tenía una cosa grande y roja, como lo que le salía a Pirata, el perro del colegio, cuando se enganchaba a alguna perra vagabunda. En aquellos casos la hermana Rosario tenía que enchufarlos con una manguera para separarlos, pero es que encima la cosa de Don Ángel era bastante más gorda. Y esa cosa aparecía y desaparecía en el culo de aquella mujer. Pero lo que realmente la impresionó, repugnó, violentó, y casi consiguió que vomitara fue la cara de su maestro: esa cara normalmente afable y sonriente, de niño obediente, ahora era una máscara. Tenía la boca abierta, y los ojos semi-cerrados. El también emitía ruiditos, solo que los suyos iban en crescendo. Al principio apenas se oían, pero a medida que más rápido se movía, su tono de voz iba subiendo. Entonces, sin previo aviso, paró mientras un estertor salía de su garganta. Apretaba los ojos, su boca seguía abierta, y había echado la cabeza hacia atrás. Para más INRI estaba totalmente desnudo salvo por un par de calcetines (de distinto color, naturalmente), y Leire casi conseguía imaginarse un chorro de baba caer de aquella boca abierta. La cara de la mujer, sin embargo, tenía una expresión bastante diferente. Mas bien le recordó a la cara que ponía ella cuando Miguel comenzaba a decir que la había machacado en la última pelea y no había sido cierto. O también la cara de Clara al darle la razón a la hermana MariFé, que tenía ochenta y siete años y chocheaba bastante. Entonces, Leire se bajó de la silla y, como una autómatas, la llevó a la habitación contigua, cerró la puerta y se quedó un rato sentada en el suelo, delante de la cama. Aquel día decidió que le pediría mil perdones a Clara por haberse fijado siquiera en aquel repugnante monstruo y que le regalaría si hacía falta hasta un anillo de compromiso para que se casara con ella. Decidió también que no volvería a ponerse el uniforme de la escuela aunque le fuera la vida en ello: ya podían las monjas amenazarla con los fuegos del infierno. Siempre asociaría los uniformes escolares a distintas formas de perversión. Pero, sobre todo, decidió que nunca más otro Don Ángel volvería a engañarla de esa forma: jamás se volvería a encaprichar de un hombre. Una

vez tomadas sus determinaciones, decidió volver al colegio. Al día siguiente, a primera hora, llamaría a Clara. Tenía muchas cosas que contarla: Clara también tenía que despertar.

FIN

